

**Sociedad,
cultura y literatura**

Carlos Arcos Cabrera, compilador

Sociedad, cultura y literatura



FLACSO
ECUADOR



Ministerio
de Cultura

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-207-5

Cuidado de la edición: Bolívar Lucio y Paulina Torres

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2009

1ª. edición: junio 2009

Índice

Presentación	9
Introducción	11
PARTE I	
Martins Pena e o dilema de uma sensibilidade popular numa sociedade escravista	43
Antonio Herculano Lopes	
Humberto Salvador y la entrada de Sigmund Freud en las letras ecuatorianas	55
Fernando Balseca	
El problema de la subjetividad en <i>Autorretrato de memoria</i> de Gonzalo Millán	73
Biviana Hernández	
Cuerpo, sensualidad y erotismo: espacio de resistencia desde el cual las narradoras centroamericanas impugnan los mandatos simbólico-culturales	89
Consuelo Meza Márquez	
Diferenças culturais e dilemas da representação	105
Diana I. Klinger	

Opiniones cruzadas sobre veinte años de narcotráfico en Colombia	121
Gabriela Pólit Dueñas	
Entre un tapete persa, un Cadillac y Walden. <i>Las Hojas Muertas</i> de Bárbara Jacobs	135
Hélène Ratner Zaragoza	
“Caracas, ciudad multicultural de los noventa en las novelas: <i>La Última Cena</i> de Stefanía Mosca (1957) y <i>Trance</i> de Isabel González (1963)”	151
Laura Febres de Ayala	
<i>Hasta no verte Jesús mío</i> (1969) de Elena Poniatowska: ¿testimonio o Literatura contestataria?	169
María Miele de Guerra	
Dimensões sensíveis da brasilidade modernista; eboços de uma genealogia literária	179
Mônica Pimenta Velloso	
Desde la sumisión a la rebeldía: El deseo de sujeto femenino y su negación como estrategia de subversión en la obra de María Carolina Geel	193
Pamela Baeza Acevedo	
Cinco imágenes, un ensayo y su propia refutación	211
Ramiro Noriega Fernández	
Letras judaicas americanas: diálogo norte/sur en las autobiografías de Ariel Dorfman e Ilan Stavans	229
Rodrigo Cánovas	
Reordenando el margen discursivo de la violencia. <i>Los Santos Malandros</i> : una nueva representación simbólica/medial en Venezuela	243
Danuska González	

La construcción del sujeto cultural en el discurso y metadiscurso poético y visual mapuche 255
Sonia Betancour

El modelo mito-poético del mundo en la cultura quechua durante el Tahuantín Suyu 271
Ileana Almeida

Estrategias del discurso artístico mapuche como proyecto de autonomía estético-cultural 283
Mabel García Barrera

Traducción y literatura chicana: ¿cuán efectiva puede ser la adaptación? 303
Judith Hernández

PARTE 2

Cine, performatividad y resistencia. Apuntes para la crítica del documental indigenista en Ecuador 321
Christian León

Modernismo brasileiro e mídias audiovisuais: antropofagia globalizada 337
Sonia Cristina Lino

¿Recuerdas Juan?: el rastro del olvido en una película de J. Carlos Rulfo 351
Sua Dabeida Baquero

Energúmenos, best-sellers y cintas de vídeo: mal y subdesarrollo en El exorcista y Satanás 365
Emilio José Gallardo Saborido

PARTE 3

<i>Entre la ira y la esperanza:</i> una escritura y lectura desde la interdisciplinariedad	385
Michael Handelsman	
La polémica periodística y la formación de la inteligencia en Colombia en la segunda mitad del siglo XIX	399
Germán Alexander Porras Vanegas	
Tradição e Modernidade no Brasil Rural de Maria Isaura Pereira de Queiroz	409
Aline Marinho Lopes	
El barroco y la modernidad latinoamericana. Una lectura a la obra de Bolívar Echeverría	421
Gustavo Morello	
Pensamento crítico latino-americano e os projetos de sociedade na visão dos uruguaios Rodó e Vaz Ferreira e do peruano Mariátegui	437
Sonia Ranincheski	
Sociología, literatura e fome: um retrato da intolerância	453
Tânia Elias Magno da Silva	

Energúmenos, best-sellers y cintas de vídeo: mal y subdesarrollo en *El exorcista* y *Satanás*

Emilio José Gallardo Saborido*

Introducción o hundiéndonos¹

Afirmaba Baudelaire que la mayor astucia del Diablo consiste en hacernos creer que no existe. Aunque no pretendo posicionarme ante la existencia o no del Demonio, sí que me parece innegable el hecho de que se trata de una figura que ha fascinado al género humano a lo largo de los siglos. De hecho, hoy en día lo sigue haciendo por más que se difunda la idea de que lo sagrado está en decadencia. Es más, numerosos sociólogos están de acuerdo con que en los últimos cincuenta o sesenta años hemos asistido a un resurgir de lo irracional: desde las distintas propuestas *New Age* hasta la revitalización y/o remodelación de antiquísimas ideas y doctrinas religiosas, algunas de corte satánico. En este sentido, parecen bastante significativas las declaraciones del padre Lambey, quien fuera elegido presidente de la Asociación Francesa de Exorcistas en 1977. Según él, “lo irracional había hecho una progresión espectacular desde sus comienzos en la función en 1955. Afirmaba recibir hasta tres poseídos por semana contra una veintena de los que había recibido por año, al principio de su gestión” (Muchembled, 2004: 286).

Añadamos otro dato por si lo dicho hasta ahora no pareciera suficiente: “A partir de enero de 1999, la cantidad de exorcistas franceses se incrementó de un modo espectacular, de 15 a 120, como una respuesta al gran

* Escuela de Estudios Hispanoamericanos-CSIC. Sevilla, España.

1 Agradezco al profesor José Manuel Camacho Delgado (Universidad de Sevilla) por su certero y claro magisterio, que se halla en el germen de este trabajo.

aumento de angustia de la sociedad y el desafío planteado a la Iglesia, tanto por la declinación de la práctica como por la proliferación de las sectas” (Muehbled, 2004: 287).

Aunque a la amplia mayoría de los occidentales –al menos de los españoles– el ritual del exorcismo nos parezca muy alejado de nuestra realidad cotidiana y lo relacionemos más con la ficción fílmica que con la realidad histórica, hace tres o cuatro siglos para el español de la época constituía una práctica familiar. De hecho, el número de endemoniados se disparó de tal forma que se llegaron a escribir sátiras contra estos y contra los mismos exorcistas, quienes, junto con los primeros, eran fingidos en no pocas ocasiones. Tanta era la exageración con la que aparecían estos personajes que llegó a ser motivo de chanza. Como muestra sirva una lindeza atribuida a Quevedo, y que tomo del romance “El exorcista calabrés” (completo en Flores Arroyuelo, 1985:180):

“¿Adónde estás, Satanás?
Dice el clerizante al paso.
Y en la trasera de un viejo
Sonó un ruido sordo y malo”.

En cuanto a los energúmenos fingidos, podemos traer a colación un ataque de Feijoo que nos permite hacernos una idea de la magnitud del problema:

“Los hombres de más advertencia reconocen que son muchos los fingidos, pero quedando en persuasión de que no son muy pocos los verdaderos. Pero mi sentir es que el número de estos es tan estrecho, tan limitado, que apenas, por lo común, entre quinientos que hacen papel de energúmenos, se hallarán veinte o treinta que verdaderamente lo sean” (Flores Arroyuelo, 1985: 173).

Aunque la evolución de la psicología, de la medicina, de la misma teología cristiana, etc., haya conducido a un progresivo descenso de estas figuras en las modernas sociedades occidentales, no obstante, aún podemos encontrar algunas refluoraciones de este fenómeno, que un buen día nos impactan sobremanera al descubrirlas en una hoja del periódico. Diario *El Mundo*, 28 de junio de 2005:

Exorcista mata a monja

“Irina Maricica Cornici tenía 23 años. [...] Un día, hace tres meses, acudió al Monasterio de la Santísima Trinidad a visitar a una amiga. Una hora de charla con el enigmático Daniel Petru Corogeanu, pope de un convento al que ya llaman el Monasterio del Diablo Rojo, y decidió tomar los hábitos negros de la congregación. Nadie sabe muy bien cómo ni por qué. Todo lo que saben es que hoy está muerta en medio de un sórdido suceso en que se mezclan exorcismos, fanatismo y, según la familia de Irina, 4000 euros que no aparecen. [...]

Aquel día [10 de junio de 2005], el padre Corogeanu y cuatro monjas entraron en la habitación de Irina convencidos, según aducen, de que estaba poseída por el Diablo. La ataron y la amordazaron con cuerdas de lino e iniciaron un peculiar exorcismo.

El tormento continuó tres días, al cabo de los cuales, la encadenaron por los brazos, las piernas y la cintura a una vieja cruz de madera. Irina siguió amordazada con una toalla. No le dieron de comer y apenas le dejaron humedecerse los labios.

En la noche del 15 de junio, Irina murió por ‘hambre, sed y estrangulamiento’, según el informe forense”.

Quizás muchos tacharían esta noticia de terrible anécdota fruto de la ambición que pudieron causar esos 4000 euros o de la paranoia de un pope que se define a sí mismo como “el Justiciero”. Sin embargo, una reflexión más profunda nos puede conducir a cuestionarnos sobre el intrigante problema de la existencia del Mal. De hecho, es esta misma preocupación la que planea sobre las obras aquí estudiadas, que son: *Satanás* (2002), del colombiano Mario Mendoza, y *El exorcista* (1971), del estadounidense William Peter Blatty.

- Ahora bien, hemos de ser conscientes de algunas premisas que separan a ambas novelas. De hecho, a lo largo del presente artículo intentaré desarrollar las siguientes hipótesis:
- *El exorcista* es una de las grandes novelas modernas en cuanto a lo que la descripción del ritual del exorcismo se refiere. Lo desarrolla minuciosamente, a la par que se muestra exitosa a la hora de relacionarlo

con la trama. El autor, basándose en reconocidas autoridades sobre el tema,² logra hacer una especie de manual ficcionalizado que permite al lego en la materia adquirir una serie de conocimientos que le acercan a las cuestiones de la posesión y el exorcismo. En cambio, en *Satanás*, Mendoza no parece tan interesado en desgranar estos detalles, sino en insertar en la línea argumental un caso de posesión demoníaca pergeñado a grandes pinceladas, pero que interactúa con las otras peripecias novelísticas que conforman el volumen.

- *El exorcista* cuenta con una serie de características técnicas que la alejan de *Satanás*: la escasa complejidad del argumento, cierto maniqueísmo en la presentación de varios personajes, conclusión estilo *cuasi-happy ending*, etc. Por otro lado, el volumen de ventas y la popularidad alcanzada por la obra hacen posible ubicarla dentro de la categoría de los *best-sellers*. *Satanás*, en cambio, no sólo complica la estructura al entrecruzar varias líneas argumentales, sino que desarrolla una visión del mundo mucho más completa, donde interactúan fuerzas de distintos órdenes: simbólico, político, literario, sociológico, teológico, psicológico, etc. De este modo consigue abrirnos una ventana al horror, retransmitido en vivo.
- El contexto espacio-temporal donde se mueven los personajes de una y otra obra y sus respectivos roles sociales acaban influyendo en la visión del Mal y la relación de éste con la humanidad que se nos presenta.

2 Se puede hacer el siguiente ejercicio para comprobar hasta qué punto esto es cierto: cotejar lo dicho por un clásico del tema, como es el volumen de Benito Remigio Noydens, *Práctica de exorcistas, y ministros de la Iglesia en que con mucha erudición, y singular claridad, se trata de la instrucción de los exorcismos, para lanzar, y abuyentar los demonios y curar espiritualmente todo género de afecciones y hechizos* (Barcelona, 1675), con determinados pasajes de la novela de Blatty. De este modo, observaremos cómo desarrolla temas centrales de la obra de Noydens como pueden ser las condiciones personales y el estado en que debe encontrarse el exorcista o las causas e indicios de posesión. Asimismo, en la novela se trabajan otros leitmotivos demoníacos como la relación entre el Mal y el género femenino, o la afirmación “yo soy legión”, que alude al carácter múltiple y colectivo del Demonio, y que, por otra parte, dará título a la secuela *Legión* (1983).

Bogotá Pandemonium vs. los intocables de Washington D. C.

Dos son las aseveraciones sobre las que pivotará la siguiente disertación:

- *Satanás* es una novela que se ve empapada de la realidad social colombiana, que lleva a cabo una despiadada crítica de varios de los sectores que la componen. En ella, el Mal se filtra por los regueros de una sociedad que lucha contra la bestialización, de modo que toca a personajes de estratos sociales muy distintos.

Sin embargo, *El exorcista* muestra una visión social sin tensiones, donde los problemas no sobrenaturales casi no aparecen reflejados. De hecho, los personajes seleccionados pertenecen a órbitas sociales “no problemáticas”.

- En la novela de Blatty las fuerzas del Bien se acaban imponiendo, transmitiendo al lector una sensación de comodidad y optimismo que es extraña a la conclusión de la obra de Mendoza. En esta última, la agitación del Mal logra conmocionarnos y preocuparnos, colocándonos en una terrible incertidumbre. De hecho, en una el exorcismo se realiza con éxito y en la otra no. Esto que digo se aprecia en los mismos títulos de las obras: mientras que en la novela colombiana el protagonista es el adversario; en la del estadounidense lo es el salvador.

Bogotá, ciudad apestada

En primer lugar, revisemos a vuela pluma algunos acontecimientos de la historia reciente de Colombia. De entrada, tengamos en cuenta que la actualidad de este país conecta con un proceso histórico denominado la violencia, algo que de por sí ya es bastante significativo. Morales Benítez arguye que, a pesar de tomarse como punto de inicio la emblemática fecha del 9 de abril de 1948, día en que asesinaron al popular líder Jorge Eliécer Gaitán, “ya había más de cien mil muertos en el país” (1989: 206). Recordemos tan sólo el episodio de la matanza de las bananeras. Montoya asevera que “entre los años 1938 y 1951 hubo aproximadamente un

éxodo de un millón de personas; y entre 1951 y 1964, periodo en el que estalla la guerra civil, lo hicieron dos millones doscientas mil” (1999: 107). Cantidades ingentes de seres humanos que huyeron a las grandes ciudades para acabar asentándose, en su mayoría, en los núcleos chabolistas periféricos que irían constituyendo enormes cinturones de miseria, perfectos caldos de cultivo que engendrarían aún más violencia.

De hecho, uno de los problemas de la violencia colombiana es su diversidad. Saltémonos algunos hechos históricos (la dictadura de Rojas Pinilla; el pacto entre conservadores y liberales que dejaba fuera del poder a otros grupos políticos, algunos de los cuales optarían por la lucha armada para defender sus intereses, etc.). Llegamos a las décadas más cercanas: los años ochenta, el terrible decenio de los años noventa, los últimos años. En ellos conviven varios tipos de violencia: la de los capos de las mafias, la que llevan a cabo grupos como el M-19, el ELN, el EPL, las FARC, los paramilitares, la de la delincuencia común, el auge de los delitos de cuello blanco, las corruptelas políticas, etc. Narcotráfico, sicariato, luchas políticas, este es el maremagno hacia el que se ve precipitada la sociedad colombiana actual.

Es en este contexto donde Mendoza nos sirve de Virgilio en este descenso a los infiernos. Entramos en los distintos círculos del Bogotá-Pandemonium y escudriñamos la vida y azares de gentes variopintas. Analicemos algunos casos:

Los pordioseros y la misma figura del hambre se elevan a la categoría de personaje colectivo, cuya sombra planea sobre los movimientos de los demás actores de la novela. Se trata de una sociedad construida, no sobre la idea de la libre voluntad individual, típica del *American way of thinking*, sino de un modo holístico, donde todos cuentan para todos. Esta es la lección que aprende Andrés en una de las conversaciones con su tío: “- Tú no eres sólo tú. Tú eres tu gente, tu pueblo. Te llamas Juan, Ignacio y Beatriz, tienes cinco años, veinte y setenta, eres ama de casa, abogada, secretaria, lechero y mecánico. Tú eres un continente” (p. 244).³

3 La versión perversa de este compromiso la expresará Campo Elías al espetarle a la madre de su alumna: “- Se equivoca, señora. Todos somos responsables de lo que nos sucede a todos” (p. 268).

Un aspecto que hace que la maldad sea aún más horrible es que, en ocasiones, parece venir impuesta por las condiciones sociales a personas que en principio, en otro ambiente, actuarían como ciudadanos honrados y de vidas equilibradas. Respecto a esto oímos decir al padre Ernesto: “Pero son contadas las ocasiones en las cuales tenemos la oportunidad de ver gente realmente buena poseída contra su voluntad. Desde el primer momento supe que ese hombre estaba atrapado en un remolino que lo superaba, que nadaba contra una corriente muy superior a él” (p. 59). Se está refiriendo al padre de familia que toma la decisión de asesinar a su mujer e hijos porque es incapaz de seguir viéndolos padecer el mal del hambre física, de la desnutrición lenta y agónica.⁴

Ahora detengámonos un momento en la figura del *ángel exterminador*, de Campo Elías: a grandes rasgos, dos son los leitmotivs que le otorgan coherencia como personaje:

- Por un lado, tenemos el tema del doble: el rol de universitario y profesor de inglés sería su haz; la faceta de psicópata tarado por la guerra de Vietnam y obsesionado con la idea de la muerte y el sufrimiento humanos, sería su envés.⁵ Con él, Mendoza hace una relectura del mito del *Dr. Jeckyll y Mr. Hyde*, libro favorito del asesino, por demás.

- En segundo lugar, se acaba erigiendo como el nexo en el que se encuentran el resto de personajes de la obra. Esto se debe a ser, junto con la niña poseída, los dos emblemas del Mal más poderosos que aparecen en la novela.⁶ Sabemos que Satanás construye a través de la contradicción, y así lo comprobamos al analizar la figura de Campo Elías: en él se oponen la ac-

4 Otro ejemplo de esto que venimos diciendo podrían ser estas palabras que María dirige al padre Ernesto: “Yo no soy Mala, usted lo sabe, lo que pasa es que la vida es así, la calle es una guerra donde hay que sobrevivir” (p. 198).

5 Ignacio Ramonet dedica un capítulo, “Hollywood y la guerra de Vietnam”, de su libro *Propagandas silenciosas: masas, televisión y cine* a examinar el tratamiento que de esta guerra se hizo desde la industria del cine y la TV de los Estados Unidos. Allí se recogen una serie de títulos (*Taxi Driver*, *Rambo (First Blood)*, *Le Maître de guerre*, *Los desaparecidos*, *Who'll stop the rain?*, *Wolf Lake*, *The Choirboys*, etc.). que abundan en el arquetipo del soldado tarado, incapaz de adaptarse a la vida civil norteamericana a su vuelta del conflicto.

6 Ambos concluyen sus intervenciones en la novela escribiendo con la sangre de sus víctimas el conocido: “Yo soy Legión” (pp. 281 y 283).

tividad estática y reflexiva del raciocinio (Campo Elías-estudiante y profesor) y la dinámica sanguinolenta de la violencia. Esa lucha acabará inclinándose en favor de la brutalidad, dando lugar a la aparición de una antítesis aún mayor: su conversión en el *ángel exterminador*.

Tras haber negado la existencia del dios del Bien,⁷ Campo Elías se lanza a cumplir su misión, que consiste en traer un *Apocalypse now* a los habitantes de Bogotá que se topa en su camino. Finalmente, su caza del ser humano concluye en el restaurante italiano donde lleva a cabo otra parodia, en este caso la de la última cena: “Tengo derecho a una última cena. Luego el ángel anunciará el *Apocalipsis*” (p. 278). De hecho, el nombre de este local donde sucede la matanza final no puede ser más apropiado y esto tanto por su capacidad simbólica como paródica: el *pozzetto*, o sea, el *pocito*. Como en el cabalístico juego de la oca, evoca la muerte. Se trata de un elemento de simbología ambivalente: en un primer momento, representaría el agua, la vida a la que aparecen acceder de nuevo la pareja de enamorados Ernesto-Irene (de hecho, él se acaba de afianzar como elemento generador de vida al abandonar sus hábitos, ya no será más un agente estéril biológicamente); la nueva María, que recién había entrevistado un rayo de esperanza en una relación lésbica; y, finalmente, el pintor, a quien su tío Andrés le había abierto los ojos al hacerle ver que, como privilegiado, debe concentrar sus esfuerzos en servir a la colectividad, dejando de lado preocupaciones egoístas.

Pero el símbolo del pozo aparece en la novela contaminado de la esquizofrenia que sufren muchos de los personajes de la obra; se nos presenta como un elemento complejo, poblado por varias voces. Su cara oculta evocaría la muerte, las simas de perdición donde se hundan los intentos que el Bien estaba haciendo para salir a flote en medio de la podredumbre de Bogotá. Así pues, la relectura simbólica de la escena de la masacre final nos depara una estampa desoladora: el Mal termina por derrotar al incipiente Bien y, aunque lo maléfico encarnado por Campo Elías decida suicidarse, una vez realizado su cometido, se perpetúa ya que las últimas páginas de la obra se centran en la niña energúmena. Asesina, es más,

7 “- [...] No hay un bien supremo, Maribel. [...] Somos el experimento de un Dios cuya Malevolencia y vileza se llama Satanás” (p. 264)

parricida, huida de la policía, sin rumbo conocido, cuyos crímenes han pasado desapercibidos para los lectores de los periódicos (“ningún lector se percató de que en las páginas finales de los diarios [...] aparecía una noticia que hablaba de una niña poseída por el Demonio”, p. 283). Se trata de una nueva encarnación del Mal que se presenta más terrible aún porque aún su capacidad destructora a la fertilidad propia de una joven en plena pubertad.

Para cerrar lo dicho sobre Campo Elías, quisiera llamar la atención sobre un hecho fundamental, que refuerza el horror que lo rodea. Su historia se basa en una persona real; de hecho, Mendoza tuvo la oportunidad de conversar con él. Asimismo, la historia de María también está inspirada, en muchos aspectos, en la vida de una mujer de carne y hueso (la feliz relación lésbica es un punto que Mendoza introdujo para otorgarle, aunque fuera literariamente, un momento de felicidad a este ser tan desdichado).

Aunque el Mal se encuentra recogido en *Satanás* bajo otras muchas facetas como pueden ser la de la plaga del SIDA,⁸ la ejercida por María al ser violada (acto profundamente simbólico que recrea la destrucción del mito de María la Virgen y su consiguiente perversión al convertirse en María la Vengadora), la profecía que anuncia la destrucción de Bogotá al entrar en erupción el Guadalupe y el Monserrate, la fuerza irracional que empuja a Andrés a pintar autorretratos ominosos o los celos compulsivos y retrospectivos de este mismo personaje, querría cerrar esta reflexión en torno a la obra del colombiano centrándome en dos sectores contra los que se ensaña Mendoza: el alto clero y el mundo de la política en términos muy generales.

Frente a la religiosidad cercana a la teología de la liberación de la que hacen gala los padres Ernesto y Enrique, en la novela se retrata a una élite clerical caracterizada por las pompas y la ostentación, a la par que por la dejadez en cuanto a sus funciones. Esto se ve perfectamente en fragmentos como los siguientes: en un momento de la novela el padre Ernesto se

8 No deja de ser curioso que el único personaje del que sabemos a ciencia cierta que padece la enfermedad, a causa de su promiscuidad y su dejadez en la toma de precauciones, lleve al nombre de Angélica.

entrevista con el alto prelado, el padre De Brigard. A él se le pinta en los siguientes términos: “un hombre de estatura media y ojos hundidos, gordiflón, con una calvicie desértica y una papada perruna colgándole por fuera del cuello de la camisa” (p. 206). Su oficina era tal que así: “Los muebles de cuero, la biblioteca de madera de cedro y el tapete dan una atmósfera de lujo y opulencia a la oficina” (p. 206). Si sumamos a estas descripciones, el hecho de que la Iglesia parece desentenderse del caso de la niña posesa, notamos que la estampa que se nos ofrece no resulta muy favorable para la alta jerarquía eclesial. Derrochadora, oronda, egoísta, enclaustrada en su castillo de marfil, etc., así la ve Mendoza.

Pero quizás la acusación más grave provenga, no de un modo directo, sino a través de un juego simbólico. Al padre De Brigard se le compara, como hemos visto con un perro, pero enseguida se rectifica para hacerlo con “una enorme serpiente luego de haberse engullido un ternero entero” (p. 207). A pocos se les escapará que la serpiente, según la tradición bíblica, es un animal demoníaco. De hecho en *El exorcista*, Reagan, en un momento dado, persigue a Sharon, la secretaria, “deslizándose como una serpiente” (p. 136). A fin de cuentas, Mendoza está siguiendo el mismo mecanismo del que se ayudó para construir a Campo Elías: define a un personaje basándose en un juego de contradicciones. Los mismos emisarios de Cristo parece que se han emparentado con el Demonio en esa Bogotá donde el Mal va calando a los individuos como una fina lluvia.¹⁰

En una entrevista el actual primer mandatario de Colombia, Álvaro Uribe Vélez, afirmaba lo siguiente:

“La situación ha mejorado en Colombia; así lo dicen los empresarios. Falta mucho, pero hemos avanzado. Cuando este Gobierno empezó, aquí asesinaban a 28000 personas al año. Terminamos el primer semestre de este año con 8477. Todavía es mucho, pero se va presentando una reduc-

9 Dice la madre de la niña, Esther, a Ernesto: “No me gusta para nada la manera como están eludiendo sus responsabilidades. Se están lavando las manos, y usted lo sabe, padre. La están dejando sola, a la deriva, y eso me parece que demuestra un comportamiento cruel e injusto” (p. 234).

10 Notemos además que esta crítica se extiende diacrónicamente. Sólo tenemos que ver algunas de las palabras de Ernesto: “Incluso pensando en los mismos jefes de la Iglesia [...] la hipótesis de una Maldad creciente se confirmaba. Por qué la Inquisición y el Santo Oficio, ¿qué habían sido sino organismos criminales y asesinos?” (p. 205).

ción importante. Cuando este Gobierno empezó, en Colombia había 3050 secuestros. Este año llevamos 345, de los cuales 168 han sido por extorsión” (Edición digital del diario *El País*, 7 de julio de 2005).

En un país donde datos como los que acabo de ofrecer se consideran halagüeños, donde la violencia se halla enquistada de tal manera que los secuestros, matanzas, balaceras, etc., se han convertido en un fenómeno que raya con lo cotidiano, ¿qué pintura podemos esperar que nos haga una pluma crítica y decidida como es la de Mendoza de los distintos agentes políticos? Empecemos por la guerrilla: ella es la culpable de la matanza en donde muere la madre de María. Pero es que las expectativas de vida que se le presentan a este personaje, una vez que está en manos de sus “salvadores”, el ejército, no son mucho mejores. De hecho, se queda apartada en una guarnición del ejército donde acabaron “por emplearlas y esclavizarlas” (a María y a su hermana) (p. 86).

Efectivamente, la visión idílica de un ejército de “buenos” enfrentado a un conjunto de fuerzas destructivas y malvadas no encaja en absoluto con la idea que Mendoza nos da. Bajo su mirada, todos son culpables. Así se encarga de certificarlo al evocar, por medio del padre Ernesto, el asalto al Palacio de Justicia, que había sido tomado antes por los guerrilleros del M-19: “Los tanques disparando a la fachada principal, los batallones entrando a sangre y fuego, la masacre de los jueces y de los más altos juristas del país, la carnicería, la cantidad de desaparecidos [...], que nunca regresaron para dar testimonio de las brutales torturas a las que fueron sometidos. ¿Dónde estaba entonces el Presidente?” (pp. 182-183).

Así pues, Mendoza considera que no es de extrañar que una parte de la población se identifique con el ciudadano que, en un acto desesperado, se enfrenta al *status quo* político cara a cara. En la novela hay un episodio en el que se nos narra cómo un individuo entra en el Senado y amenaza con matar a todos los congresistas. La gente que se arremolina alrededor del edificio hace comentarios de este calibre:

—Seguro tiene rehenes en el Senado y los va a ir quebrando uno por uno.

—Eso sí es limpieza social.” (p. 240)

“La multitud, identificándose con el criminal, silba, abuchea y grita obscenidades a los militares.” (p. 240)

Finalmente, la crítica política sobrepasará las fronteras colombianas. Ernesto posee una carpeta donde guarda recortes de periódicos con noticias especialmente violentas e inquietantes. De entre ellas elijamos una: “los agentes de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) han entrenado a las fuerzas de policía de diversos países sudamericanos, suministrándoles instrumentos de tortura, especialmente material destinado a producir electroshocks en los testículos. [...] La CIA acaba de ofrecer miles de dólares por el manual de tortura de los dominicos” (p. 200).

Y es que las palabras que antes citábamos del padre Ernesto: “— Tú no eres sólo tú. Tú eres tu gente, tu pueblo. Te llamas Juan, Ignacio y Beatriz, tienes cinco años, veinte y setenta, eres ama de casa, abogada, secretaria, lechero y mecánico. Tú eres un continente”; tienen una doble lectura reversible. La maldad también se extiende y se hace colectiva; yendo más allá de la acción de un asesino que actúa individualmente como Campo Elías. El Mal se globaliza y se organiza en asociaciones que pueden ser de signo bien distinto (político, religioso, agencias de inteligencia, etc.), pero que parece que están logrando derrotar a las fuerzas del Bien, a las que han traicionado en no pocas ocasiones: “—La batalla la perdimos hace rato [dice Ernesto]. [...]. El triunfo del Mal. ¿Por qué no?” (p. 204).

El Washington de Blatty o de la ciudad que no es

En *El exorcista*, Washington simplemente no es. Es decir, no aparece reflejada ni propia, ni impropriamente, más allá de la descripción de algunos de sus edificios, calles, lugares emblemáticos, etc. Que la acción se hubiera desarrollado en cualquier otra ciudad de Estados Unidos o de Europa poco habría alterado la trama. En Blatty, el Mal se encuentra enclaustrado (aunque eventualmente extienda sus límites, por ejemplo, al profanar una iglesia cercana), mejor dicho, tiene un epicentro bastante localizado y su radio de acción es terrible, pero no de mucho alcance. En contra de lo que hiciera Mendoza, en cuya novela lo demoníaco echa raíces, y cala hondo, mostrando varias caras ante la sociedad bogotana; en Blatty, el problema del Mal se asemeja más a un caso clínico individual, que a una plaga de dimensiones bíblicas.

Hagamos un recorrido por varios de las cuestiones importantes que marcaron el mandato de Nixon de 1968-1972 (recordemos que la obra se publica en este último año). El objetivo de este recordatorio es el de poder observar con mayor nitidez cómo ninguno de estos asuntos candentes en el momento se entremezclan con la trama argumental (todo lo contrario de lo que, como hemos visto, hace Mendoza).

Creo que bastará con extraer algunos fragmentos de la obra de Tyler, *De Truman a Nixon* (1981) para hacernos una idea de a qué asuntos nos estamos refiriendo:

- Realmente los impactos de la anticultura estaban desapareciendo. Bob Dylan aceptó un grado honorario de la Universidad de Princeton y Abbie Hoffman se fue a la peluquería. Las drogas se estaban revelando como un elemento peligroso y se asociaban con la violencia del crimen. Sin embargo, la mejor cura para todos aquellos que extrañaban los tiempos viejos tan buenos, fue el éxito del alunizaje del Apolo 11. [...] También había disgustos por la lentitud en resolver la guerra de Vietnam y además hubo una reacción muy violenta cuando se supo que Nixon había autorizado incursiones militares en Camboya y Laos, y un bombardeo de saturación en Vietnam del Norte en 1972 (p. 107).
- Sin embargo, los estudiantes negros estaban menos que contentos con la política de Nixon (p. 108).
- Sin embargo, dirigiría su política hacia la “América Media”, una frase que significaba tres cosas: geográficamente, la parte media y oeste de los Estados Unidos que tradicionalmente tienen tendencias conservadoras; el grupo de clase de ingresos medios, que creían tener una oportunidad de ascender en la escala económica; y aquellos, de todas las clases, que estaban ya cansados del fervor revolucionario de los años sesenta. Propuso una segunda revolución americana, que tuvo éxito; obtuvo el voto para los ciudadanos a los 18 años de edad, prohibió también la publicidad del tabaco en la radio y la televisión, y limitó la cantidad de dinero gastada en las campañas políticas (p. 109).

- Su profunda admiración para el mesianismo global de Wilson y su determinación de que los Estados Unidos deberían continuar siendo la nación más poderosa del mundo. Para esto, era necesario usar el ocultamiento. El secreto era necesario para conducir la política exterior, pero esto también significaba que el gobierno tenía el poder de mentir y de retener información al público (p. 113).

Entre estas líneas no destacamos el sonado escándalo del Watergate porque se dará a conocer al gran público un año después de que la novela aparezca, o sea, en 1973. Por lo que vemos, se trató de un mandato complicado, achacándosele al presidente haber optado por una política de ignorar a las minorías, haber cometido errores en la guerra de Vietnam, o verse imbuido por un cierto sentimiento mesiánico, etc. Todo ello habría conducido a un descenso en la credibilidad de Nixon. De hecho, se acuñó una frase que sostenía que en la política americana se había pasado de un hombre como Washington, quien no podía decir una mentira, a otro como Nixon, quien no era capaz de decir una verdad.

En cuanto a lo que aquí interesa, la cuestión es la siguiente: ¿en qué modo refleja el Washington de Blatty todo este ajetreo político y social? Pues, considero que de ninguna forma.¹¹ Sí, quizás el único punto del listado anterior del que Blatty se hace eco es el del aumento de la drogadicción al que se refiere Tyler y que puede encontrar una representación literaria en la figura de Elvira, la hija drogadicta del criado de Chris, Karl. Pero no será por este cauce por el que el Mal se infiltre, puesto que este problema se acaba solucionando fácilmente con una simple frase del policía Kinderman en las páginas finales: “Elvira se halla en una clínica: está bien” (p. 359). Además se presupone que todos los crímenes de la novela fueron cometidos, no se sabe muy bien cómo, por la niña poseída.

Sinceramente, con todo esto no quiero decir que todo escritor que trate el problema del Mal lo tenga que hacer de un modo social. Es perfectamente legítima la opción de Blatty: la de optar por un Mal más teo-

11 En este sentido, es interesante señalar que los protagonistas de *El exorcista* poseen profesiones más o menos acomodadas (sobre todo, la madre de Rags), en distinto grado, pero en ningún caso se trata de desahuciados, parias sociales como puede ser la María de Mendoza, y el submundo del hampa que la rodea en su etapa como chica de la burundanga.

lógico que social, más restringido. Claro está que haber elegido el modelo ciudad-infierno a lo Mendoza hubiera complicado llegar al *cuasi-happy ending*. Los argumentos que nos mueven a defender esta concepción del final de la novela comienzan con el hecho de que, aunque Karras muere, consigue salvar a la niña y expulsar al Demonio de su cuerpo. Añadamos que Karras muere una vez ha sido confesado por el padre Dyer, lo cual supone la salvación eterna, y qué mejor destino para un católico como él. Por si esto fuera poco, el “epílogo” de la novela se halla cargado de mensajes tranquilizadores, que devuelven la calma al zarandeado lector. Veamos algunos:

- Dyer conversa con Chris sobre el Mal y el Bien como fuerzas que gobiernan el mundo. La conclusión de esta charla, en la que en principio Chris había afirmado que, a pesar de ser atea, podía admitir la existencia del Diablo, la dan las siguientes palabras de Dyer: “- Pero si todo el mal del mundo le hace pensar que puede existir el Demonio, ¿cómo explica usted todo el bien que hay en el mundo”. A lo cual responde Chris: “—Sí... sí —murmuró—. Eso es importante” (p. 374).
- En segundo lugar tenemos la referencia al hecho de que cuando muere un jesuita se celebra una fiesta en su honor, dado que el fin de la vida terrenal no es para ellos sino el comienzo de una vida superior.
- No deja de ser significativo que la ciudad a la que se trasladan Chris y Rags sea “Los Ángeles”.¹²

12 Otros *nombres parlantes* o *label-names* que aparecen en la novela son los siguientes: Lankester (Merrin) y Demian (Karras). En cuanto al primero, leemos que se lo pusieron al padre Merrin por un barco de carga, aunque luego rectifica y dice que por un puente. En efecto, sobre él pesará en principio la carga del exorcismo, y su acción y enseñanzas le servirán de puente a Karras para que pueda cruzar a la otra orilla, la de la victoria sobre el Demonio. En cuanto a Demian: “Era el nombre de pila de un sacerdote que dedicó su vida al cuidado de leprosos en la isla de Molokai. Finalmente, contrajo la enfermedad” (p. 327). Así Karras se sacrificará al dejarse poseer, en un acto de suprema generosidad. Finalmente, tenemos el hipocorístico de Reagan, esto es, *rags*, que en inglés puede significar *harapos*. De este modo, se identifica a la niña posesa con aquellos pordioseros que causan ese sentimiento ambivalente de repulsión y compasión. El exorcismo y la superación de la aversión que Karras siente hacia los mendigos vendrán de la mano del gesto de entrega a los demás que supone el suicidio del jesuita.

- Las últimas líneas del libro se corresponden con una distendida charla entre el policía Kinderman y el padre Dyer, donde se bromea relacionando la situación con el famoso diálogo final de *Casablanca* y con el parecido que, según Kinderman, tiene Dyer con Humphrey Bogart. Se trata de dos representantes de los poderes fácticos que caminan codo con codo hacia un futuro esperanzado, donde las aguas han vuelto a su cauce una vez que el Mal ha sido expulsado. Ese Mal se nos muestra como algo ajeno a la sociedad misma, como un invasor que perturba la quietud cotidiana.

De igual modo, quizás sea más cómodo concebir al Demonio como el Otro, el extraño, el elemento perturbador y no como parte integrante de la comunidad en la que se vive, incluso, como una porción de nuestra identidad. Mientras que en *Satanás* la maldad coquetea con la humanidad, que se instituye como manipuladora de la misma, en ejecutora, ofreciéndose así una visión más subjetiva, más cercana de lo maligno; en cambio, en *El exorcista*, el Mal se concibe como algo objetivo, ajeno a los individuos y que es preciso arrancar de cuajo. En este sentido, el Diabolo representa a un enemigo singular al que se enfrenta con desnudo el colectivo social.

El Demonio como fenómeno de masas: conclusiones

Parece ser que la visión de Blatty del Mal localizado, puntualizado en un caso concreto, es la que ha disfrutado y disfruta de una mayor difusión por parte de la industria de la cultura, en general. Sin duda, es una opción más fácil de adaptar a lo requerido por la *masscult*, de la que hablaba Dwight McDonald al explicitar su clásica, aunque criticada, división entre *high culture*, *midcult* y *masscult*. Cuando el espectador se imbuye desde su butaca de un multicines en el visionado de *El exorcista* o de cualquiera de sus secuelas puede llegar a sentirse conmocionado por lo desconocido sobrenatural, por la inseguridad metafísica que rodea nuestra existencia, y esto en el caso de que realmente se pare a pensar de un modo trascendente en las implicaciones del conflicto que ofrece la cinta, y no

asuma lo acontecido como mera fantasía.¹³ Pero, de cualquier forma, no se establecen lazos simbólicos con la situación de subdesarrollo que vive la mayor parte de la humanidad, tal y como lo hace Mendoza.

El caso demoníaco pasa a ser así un caso policíaco, que juega con los elementos básicos de la novela negra, como la resolución del misterio y el desenmascaramiento del culpable. Así lo vemos en la novela de Blatty, donde la intervención del Demonio es equiparable a la de cualquier sádico humano, en el sentido de que puede ser derrotado, conjurado, expulsado de una sociedad que se siente capaz de volver a la rutina una vez derrotado el intruso. Se expresa así una confianza antropocéntrica, respaldada a su vez por la paz teológica que otorga saber que, después de todo, las fuerzas del Mal sobrenatural se ven irremisiblemente superadas por su equivalente benigno.

Bibliografía

Obras literarias:

Blatty, W. Peter (2000). *El exorcista*. Barcelona: Círculo de Lectores.
Mendoza, M. (2002). *Satanás*. Barcelona: Seix Barral.

Estudios:

Flores Arroyuelo, F. J. (1985). *El diablo en España*. Madrid: Alianza.
Montoya, P. (1999). La representación de la violencia en la reciente literatura colombiana. *Estudios de Literatura Colombiana* 4 (107-115), enero-junio. Medellín: Universidad de Antioquia

13 Comenta Muchembled (2004: 299) que “en 1973 se estrenó la película de William Friedin, *The Exorcist* (*El exorcista*), interpretada por Ellen Burstyn y Max von Sydow. Si bien tuvo un gran éxito en el mundo entero, fue un acontecimiento fenomenal en los Estados Unidos, con más de 30 millones de espectadores. La obra de la cual se había extraído había vendido cerca de 6 millones de ejemplares en el mismo país”. A esta primera adaptación cinematográfica siguieron una serie de secuelas entre las que destacan: *The Exorcist II: The Heretic* (1977), dirigida por John Boorman; la adaptación de la novela *Legión: The Exorcist III* (1990), filmada por el propio Blatty; producciones más recientes como *Exorcist: The Beginning* (2004) o *Dominion: Prequel to The Exorcist* (2005); pasando por parodias como la italiana *L'esorciccio* (1975), de Ciccio Ingrassia.

- Morales Benítez, O. (1989). "El proceso de la paz en Colombia: la lucha contra la violencia". En *Violencia y literatura en Colombia*, ed. J. Tittler, 197-222. Madrid: Orígenes.
- Muchembled, R. (2004). *Historia del diablo*. Madrid: Cátedra.
- Ramonet, I. (2006). *Propagandas silenciosas: masa, televisión y cine*. La Habana: Fondo Cultural del ALBA.
- Tyler, D. (1981). *Uso y abuso del poder presidencial*. México D.F.: Ediciones El Caballito.

Prensa:

El Mundo, 28 de junio de 2005.

Internet:

Sobre historia de los Estados Unidos: <http://usinfo.state.gov/espanol/eua/hist.htm#Decadas%20de%20cambio>

Entrevista con Álvaro Uribe: www.elpais.com (edición del 7 de julio de 2005).

Internet Movie Database: www.imdb.com